

José Luís González Vera

EL SABOR DE LA MADERA

Diseño original de la colección:
Laura Martín Martínez
mmlauramm.blogspot.com
mm.laura.mm@gmail.com

Diseño portada: Laura Martín Martínez

Fotografía solapa: Laura Martín Martínez
Primera edición: Septiembre 2009

José Luis González Vera

-

PielgaoEditorial
C\ Virgen de Guadalupe 2, 3º-1
29651 Mijas Costa (Málaga – España)
www.pielagoeditorial.es

ISBN: **978-84-934440-4-4**

Impreso en Mijas Costa

Prohibida la reproducción parcial o total de la presente edición en ningún soporte existente o por existir.

José Luís González Vera

EL SABOR DE LA MADERA

Horizontes de grandeza

Había memorizado un par de buenos chistes para aquella ocasión. Los olvidé en la puerta del quirófano; allí pierde uno ese valor etéreo, impulso de acciones peregrinas. Yo nunca me percaté del gran peligro alojado en los pliegues de mi pene hasta que un programa televisivo me convenció de que bastantes enfermedades asesinan auspiciadas por el silencio donde se incuban. En torno a esta alarma podría marcar un punto de comienzo, algo impreciso en los días pero no en la época, para este deambular ya cansino. Nunca padecí hipocondría, aunque un picor me recorra todo el cuerpo cuando alguien menciona pulgas o chinches. Acudí al urólogo.

- Doctor, no sé... cómo empezar.

- ¿Qué le sucede exactamente?

- No... no... no me sucede nada.

- ¿Una venérea? ¿Ha pillado una venérea? Vamos, no se preocupe. Eso es algo muy normal. Yo mismo...

- No... no. Doctor, estoy casado.

- Bueno... tampoco eso significa nada.

- Yo, no... Es que vi un programa en la televisión sobre la conveniencia de que el glande deje al descubierto el prepucio y a mí no...

- Ya, entiendo. Levántese y muéstreme el miembro.

Me imaginé morcilla tras el escarparte; el doctor allí sentado desatendía mi leve pudor mientras me desnudaba.

- Vale, vístase. Fimosis leve. Operaremos.

- ¿Me dolerá?

- No diga tonterías. Es sólo un cortecito. Nada. Pida cita a mi enfermera.

¿Cómo se resiste nadie cuando otro dictamina con esa seguridad en sí mismo?

Yo preparé un par de buenos chistes; me gusta distender esos momentos desagradables. Los doctores, sin embargo, no concedían importancia a la intervención ni a mi angustia de indefenso desnudo ante tres enmascarados en blanco que, según su antojo, podían reírse de mí, hacerme llorar o castrarme. Optaron por un pinchazo de bienvenida junto al escroto mientras comentaban algo sobre el automóvil adquirido por un tal Martínez impropio para su edad; cortaron y cosieron cuando ya criticaban a la reciente novia rubia con la que el tal colega Martínez, el mismo día en que compró el deportivo, sustituyó a su esposa ya demasiado mayor. Ambos cirujanos rieron mientras los últimos vendajes; mi congoja impedía que imaginara los actuales lúbricos diecinueve años de la futura señora Martínez.

- Hala. Esto ya está. Se desinfecta y cambia la gasa cada veinticuatro horas.

Tras el efecto de la anestesia, los dolores provocaron una semana de baja laboral. No dormía. Según llegaba la erección nocturna, me lanzaba hacia el lavabo donde el chorro de agua enfriaba mis muñecas; la sutura se tensaba igual que se abrirían los cordones de un zapato acartonado. Cuando la primera desinfección, necesitaba que se desprendiesen unas vendas adheridas a los puntos; sentado a horcajadas sobre el bidé, las desprendí con tanto ímpetu, por miedo, que el golpe de mi frente rajó un azulejo de la pared. El pene estaba seccionado en toda su largura, no lo reconocía con tanta deformidad. Lloré. Concha, mi esposa, me regañó por este carácter mío tan aventurero del que vaticinaba origen de mi ruina en el porvenir. Mi hija de tres años dijo: “pobrecito papá y su “tete” que está malito”. Sentí algún consuelo. Al día siguiente, la niña describió a todo el mundo, en su fonética particular, las dolencias y heridas de su

padre; a las abuelas por teléfono; al cartero que trajo un certificado; a sus cuidadoras de la guardería bastante risueñas; a varios vecinos; a las amigas de Concha y a los conocidos que pasaron por allí. Con todos expié mi atrevimiento y de cada uno sufrí ironías. Roto, dolorido y humillado.

Una semana después, los puntos casi disueltos permitían las erecciones sin molestias; por fin cesó aquel suplicio de insomnio. Me contemplé desnudo ante el espejo; mi pene había crecido algo y engrosado bastante; alzaba feliz su aspecto de artilugio pornográfico. Un nuevo hombre con una herramienta nueva entre las manos. Intenté introducirla por el agujero del rollo de papel higiénico. No cabía. Magnífica la plenitud que otorga esta seguridad en sí. Había elegido la opción adecuada. Cualquier vida se encara de otro modo con estas dimensiones. Ya digo; alrededor de este triunfo privado ubicaría el arranque de mi camino.

Aquel mes primero de mi excitante figura, Concha y yo copulábamos frenéticos. Tras varios años de matrimonio, la pasión decae, y un inesperado regocijo en el tálamo siempre vivifica; sobre todo, porque, desde hacía un tiempo yo canturreaba una insistente alabanza de la soledad sobre la mala compañía. No concibo tristeza, ni frío semejantes a los que propaga una persona en el lecho de la indiferencia. Me contemplaba intercambiable por cualquier otro; debíamos sepultar nuestra relación mortecina. Con aquel rabo artificioso entre las piernas emprendería mis pasos independientes con la mirada muy alta. El horizonte se manifestaba con todos los colores y adjetivos melosos de una novela rosa.

Considero que disfruté una niñez normal; tal vez, con una adolescencia algo agria a causa de la disciplina impuesta por mis padres; en mi casa, la ética que situaba el

esfuerzo en la hélice de toda acción se respetaba como dogma; aunque todo dentro de un cauce adecuado. Eso sí, con las chicas tímido y torpe en mis aproximaciones.

Cierta vez, apareció por Málaga una gallega, cocinera particular que acompañaba a los patronos durante sus vacaciones en el sur, a la que Jorge - el listillo y chulesco Jorge - conoció en una tasca de moda. La trajo a la pandilla como prueba de que él sí se acostaba ya con mujeres, no como nosotros que sólo las habíamos visto desnudas en fotos. Aciago y cierto.

Mi idea sobre una vagina se limitaba a algún dibujo difuminado que aparecía en el capítulo *Anatomía Humana*, del manual de Ciencias Naturales. Aquel presunto mapa del tesoro con escasa utilidad, ni explicaba su uso, ni las artimañas que condujeran hasta la isla soñada. Tampoco hallé respuestas en algunas revistas porno, francesas en su mayoría, que Javier Lara nos prestaba en el instituto por un precio módico. Además de ilustrarnos con información gráfica, muchas veces recordada en la intimidad del retrete, ofrecían una imagen deformada de lo erótico. Uno acababa creyendo que toda mujer anhela que le arranquen las bragas con violencia, o que las sometan a posturas imposibles, su boca entreabierta revelaría la dosis de placer.

Extraje una mayor cantidad de datos sovoz por las esquinas. El adolescente, con su conciencia de grupo, considera que el conocimiento compartido, junto con una crema contra las espinillas con análisis clínico, arman una eficaz defensa frente al mundo. En sus charlas sólo aborda la vagina como tema monográfico; entonces, corren de boca a oreja las más peregrinas teorías; por ejemplo que la primera vez que una chica se acueste con su novio no queda embarazada.

En fin, desconocía tanto al sexo como a las mujeres y, según el cauce de mis acontecimientos personales, aún desprendo una ignorancia absoluta sobre su naturaleza.

Animales gemelos evolucionados hacia especies distintas. Si para un adulto el género femenino enuncia un enigma, para un adolescente sus relaciones con las chicas quedan articuladas por un componente de milagro y otro de masoquismo.

Jorge apareció con la gallega porque pretendía convertirse en nuestro líder; el único de nosotros que había culminado en la cama con alguien. Jorge tenía diecisiete años; yo, quince; la gallega, veintidós. Ahora entiendo que la chica venía con muchas batallas dirimidas entre sábanas; le resultaríamos un entretenimiento. Jorge la besaba con frecuencia; se creía el grillete en el tobillo de ella, el amo en esa situación que, de algún modo, también lo convertía en jefe del grupo. A partir de la aparición de la gallega, marchábamos hacia donde él señalara, o bebíamos cerveza cuando lo estimase oportuno.

Pero el aburrimiento empuja al infortunio. Jorge visitó a su familia en Ceuta o algo así; un sábado no se encontraba en Málaga y yo había ido a pasear al centro. Me encontré a la gallega en el parque junto al puerto y decidimos que beberíamos algo por ahí, espoleados por la sed que nos insuflaron un par de cigarrillos de marihuana fumados en los jardines de la Catedral. Charlamos y reímos. Un adolescente se ríe de todo, como en automático. Con las leves convulsiones de las risas, notaba yo que se acercaba bastante; no calculé el motivo; otras veces se recostó contra la pared y subía con descuido su falda hasta un punto que me permitía intuir el inicio de sus bragas. Con seguridad me notó ruborizado. Un tonto no más listo ahora. Pero he aprendido que una chica nunca enseña su ropa interior por casualidad; esos tirantes caídos en las barras de los bares, que actúan como magnetitas para el varón, jamás se vencen porque su dueña no se percate de ello; tampoco juegan inocentes con sus zapatos porque les guste airear el pie; calculan la carga erótica que esconde cada parte de su cuerpo y la arrojan con

total precisión al paso de nuestros torpes periscopios. Dos especies diferentes. De pronto, la gallega acercó sus labios a los míos y apretujándome la cara con ambas manos me besó. No abrí la boca, creí que me resbalaba cuando un calor subía por mi rostro a la vez que una erección inmediata alzaba las costuras de mi cremallera. Mi primer beso. Ni rocé su lengua.

- Los señores no están en la casa hoy ¿vienes?

- Es que mi madre me regaña si llego tarde y me tengo que ir ya. - Dije con una sonrisa bobalicona, a la vez que me levantaba y casi salía corriendo; no le concedí otra oportunidad.

El camino a casa se me hizo breve, caminaba con paso muy ligero, azorado, pensando en lo que me había sucedido, absorto en la sensación cálida que permanecía en mis labios. Lamentaba mi timidez. Cosas de la edad. Recuerdo sus ojos mientras mi fuga. No volví a verla; tampoco sufría remordimientos cuando me encontraba con Jorge; nunca le pregunté por su amiga. Ella lo capturó. Él, errado, exhibía a su cazadora como si fuese la pieza.

La adolescencia jalona un período lleno de ridículos y situaciones absurdas; quizás, años más tarde, se reproduzcan, pero uno sale mejor parado de ellas, o cree que escapa más airoso; o las olvida pronto. Cada noche me llegaba el perfume de la gallega desde el laberinto de la memoria, la sensación de sus labios contra los míos; acostado, cerraba los ojos y me besaba con suavidad los dedos; un mal sucedáneo que disparaba mi imaginación siempre resuelta en el onanismo más gozoso.

El Ayuntamiento de Málaga organizó aquel verano una serie de festivales en el auditorio del Parque Central; comenzaban a hora prudente y en casa me permitían que

asistiera. El curso anterior, mi amigo Antonio Mérida se había trasladado a un instituto mixto harto del masculino *Nuestra Señora de la Victoria*.

- Sin tías. ¿Tú resistes esto? Yo lo dejo, me voy al *Pablo Picasso*.

- Mis padres no querrán que me traslade –le dije- y, menos, si sospechan por qué lo hago.

Coincidimos en aquel concierto. Apenas nos habíamos visto durante el curso escolar. Cuando llegué, Antonio brillaba rodeado de niñas preciosas. Bueno, alguna no, pero daba igual. Junto a él, Luisa, melena larga de pelo rojo rizado, nariz respingona y vestido ibicenco blanco. Cuando nos presentaron, me pareció que sonreía más de lo normal. Todos nos acercamos al escenario como animadores de un conjunto malagueño que sonaba con melodías modernas, *Generación Mishima*. Poco a poco, Luisa y yo nos aislamos del resto. Examinábamos la música que nos gustaba, los discos y cintas de casete que componían en común nuestras dos colecciones juntas. Continuamos con anécdotas estudiantiles; no sé de dónde surgían tantos temas de conversación, pero no callábamos.

El olor a feromona femenina, más que el hambre, agudiza el ingenio; si tienes un día así, bien; si no, fin del intento. Lo comprobé tras mi divorcio; unos amigos organizaron un almuerzo para que conociera y atacara a una modelo de lencería erótica. Consecuencias de la selección natural, permanecí en silencio durante toda la cita; dinamité mi oportunidad con aquella mujer estupenda compendio de mis pequeñas perversiones de alcoba.

Luisa llegó en el instante adecuado. La memoria edifica una vida que no sabemos si existió. Prefiero recordarla así. Junto a ella brotaron la fluidez de discurso y la alegría, a pesar de mi timidez. Antonio y sus compañeras nos saludaban con la mano

desde lejos; les sonreíamos mientras contoneábamos el ritmo de la música. Ni nos sugerimos el aproximarnos a los amigos. La luz vespertina del verano mediterráneo dilatava el gozo del futuro.

La acompañé a casa. El resto de la comitiva se retrasó porque Laila se había enamorado de un guitarrista y necesitaba su autógrafo y darle un beso, y no sé qué más. Ambos regresamos al barrio. Ella se acercaba mucho cuando hablaba. Qué traidor el cerebro en busca de la analogía. Pronto, dejé de oírla; sí, la escuchaba pero no atendía a lo que me estaba contando; yo no sabía qué hacer, si lanzarme o quedarme quieto ¿Un nuevo ridículo? Así anduve un buen trecho, asintiendo y sonriendo. Me decidí. Paré. Ella me miraba y yo acerqué mi boca con los ojos cerrados; me dio dos bofetadas, a la vez que chillaba insultos y que ni intentara volver a verla. Las piernas me flaqueaban; no recuerdo tanto sudor, ni que el pulso se me haya acelerado nunca de ese modo. Los paseantes me miraban. Corrí. Al lunes siguiente, supe, coincidencias de la vida, por Guarinos, amigo común, que su novio me iba a matar; por supuesto, mi descripción en su casa coincidía con la de cualquier lascivo descerebrado. Mi amigo Antonio carcajeaba cuando hablamos por teléfono. La amenaza se olvidó, pero apenas me moví de mi barrio durante el resto del verano. Hace algunos años, coincidimos; divorciada con dos hijos, administrativa en una compañía aérea. El tiempo la había respetado; en aquel momento pensé que yo podría haberla hecho feliz. Una idiotez romántica que rugió desde las catacumbas de los diecisiete años. Mientras le firmaba el pago de un pasaje de avión para mi jefe, consideré que, en realidad, se comportó como una histérica y que yo sepa, tampoco he avivado la alegría en nadie.

Mi matrimonio se hundía sin flotadores posibles; aunque encarara este final con cierta ilusión por una nueva etapa en mi vida, tuve que acudir a una médico. Por

momentos me encontraba agresivo a la vez que inmerso en una contradictoria falta de fuerzas; también aparecieron las indecisiones ataviadas con sus halos de miedo. Cuando Concha, mi mujer, pasaba junto al sillón donde me debatía entre la esperanza y los temores, hubiera besado su mano y lamido como un gato su cuerpo desnudo sobre la alfombra para que así se apaciguasen aquellas oleadas de incertidumbre bajo el sello de una compleja reconciliación. Ella me habría reprochado mi inquebrantable fe en esos métodos sexualistas. Las indecisiones me empujaron hacia la consulta de una doctora que al azar elegí en la guía telefónica. Le anticipé el don de una mayor sensibilidad ante la confesión de mi estado. Un varón desconfía de otro para algunas cuestiones. Cavamos la trampa donde nos lamentamos presos. Un hombre no puede confesar a otro que se siente inseguro, que el pánico lo doblega como si encarnase una colegiala de quince años; esas actitudes son alojadas en nuestro peculiar cajón de lo femenino del que el macho apenas puede extraer alguna característica que lo adorne; algo para el arte, una muestra de trastornos ante una película, o en los entierros; pero en pocas situaciones más; ya se sabe, él no llora ni mucho menos se abraza a otro semejante por mero cariño igual que hacen las chicas; ni sale del cuarto con el último traje comprado para que los amigos opinen si le sienta bien. El sujeto no realiza ninguna de estas acciones aunque lo desee sin que alerte extrañas suspicacias entre sus allegados, claro. El grave tributo que pagamos al masculino.

Ante aquella preciosa médico se me escaparon las lágrimas en breves minutos de conversación.

- Pobrecito. –Dijo, mientras cogía mi mano.

- Disculpe, doctora; es que no lo he podido evitar –me gustaba mucho.

- Tranquilo. Te voy a recetar unas cápsulas.

- Doctora, bebo alcohol. –Sonrió.

- Yo también, no te preocupes, y las tomo desde que mi marido se fue con otro hombre.

Apretó mi mano con cierto cariño. Ni usé las cápsulas, ni regresé; eso sí, durante el camino imaginaba mil historias felices junto a ella. Me veía con un ramo de flores en su consulta y la invitaba a una cena; o le pedía que marcháramos de viaje. Por supuesto, ella aceptaba mis requerimientos; siempre he trazado finales dulces a mis fantasías.

Busqué otros consuelos. Las relaciones con Concha se habían vuelto tensas; educadas pero difíciles. Dormíamos en habitaciones contiguas, y establecimos horarios y turnos para el cuidado de nuestra hija, el mantenimiento de la limpieza, o para las huidas cuando los fines de semana. Un divorcio virtual mientras que vendiéramos la casa. No obstante, el porvenir ondeaba algunas inquietudes. Según mi juicio, carecía de las destrezas necesarias para la siembra de nuevas relaciones afectivas.

Conocí a Concha en la Facultad de Letras de la Universidad de Málaga. Yo estudiaba filología y ella, historia. No compartíamos aficiones ni ideas en común pero aún recuerdo una agradable charla primera en una de las muchas fiestas estudiantiles. En realidad, me gustaba su amiga Lola, gafas negras, coleta alta y falda ceñida, pero ella prefería de modo claro a mi amigo José Antonio Mesa, que siempre disfrutó de un gran éxito entre las compañeras porque lo comparaban con un actor de moda; evité la competencia contra esa ventaja y me conformé.

Mi temprana relación con Concha –teníamos ambos dieciocho años- me inutilizó para el abordaje seguro de las chicas. Yo consideraba que me comportaría igual que el perro doméstico acostumbrado a su mejor almuerzo de lata servido en cuenco de cristal; una vez perdido en el bosque, quizás sobreviviera sustentado por carroña y basura hasta

que aprendiese a capturar algo más sabroso entre esos previsibles períodos de hambre larga al acecho, una de las insistentes angustias del recién separado que lo aboca incauto hacia las peores trampas; ante el miedo a la soledad, se abraza a cualquier persona sin que medie ningún criterio de elección; en este baile de sillas muchos danzaron con alguna peor que aquella olvidada en la puerta. Tuve suerte.

Comencé a relacionarme y salir por las noches con algunos compañeros del banco. Una persona solitaria en edad madura significa o superviviente a las miserias y tentaciones elementales del camino común junto a alguien, o quien no vislumbra más alternativa. Un sondeo en el caso de mis nuevos amigos revelaba un empate entre los dos que no querían convivir con nadie y los dos que no encontraban con quien. Íbamos al *Cantor de Jazz*, bar con ánimo de tertulia donde serpenteaban melodías de ritmo lento invocadoras de la calma y el debate chistoso acerca de mujeres inaccesibles, de la condición femenina y, sobre todo, de esos temas sexuales tan recurrentes entre señores de cualquier edad. Como si el orden de nuestro universo anímico exigiera un repaso permanente de las consignas donde se ancla.

Algunas veces, el aburrimiento al que me inducían aquellas sesiones forcejeaba con mi buen ánimo. Entonces, acompañada por una pareja, hombre y mujer, entró Coke, corpiño de leopardo ceñido y pezones algo erectos por el frescor nocturno. En aquel local de luces abúlicas y clientela modosa, provocaba un inmediato efecto estimulante. La miré con la mayor discreción posible; no descifraba la combinación de papeles que cada cual ejercía en aquel trío; tal vez la acompañara su hermano con la cuñada, quizás sus amigos compañeros de exhibiciones eróticas, vete a ver. En aquel momento, aunque me hubiera encantado hablar con ella, decidí que no tentaría la mala suerte con actitudes ofensivas; luego la recordaría en el vacío de mi cama. Mientras mis contertulios

pontificaban sobre no sé qué de lo que gusta a las mujeres cuando las invitas a un cóctel, yo me fijé en un vendedor de rosas que descansaba en un taburete de la barra junto a la puerta; exhalaba el perfume de quien conoce bien su oficio además de los códigos que rigen los gestos de la noche. Me acerqué hacia él con la excusa de que me dirigía al servicio en ese momento, ocupado.

- Oye, mira con disimulo hacia aquella mesa. No sé con quién va la chica del jersey de leopardo. Entérate y le das una rosa. Pero no digas que se la mando yo. –Le pasé un billete.

- No se preocupe el señor. –Contestó con voz quebrada.

Me senté. Demostraba su aprendizaje callejero incluso en la cadencia de su paso. Se deslizó por aquella situación comprometida con la diplomacia de quien se sabe vencido. La mejor escuela; no existen las recuperaciones y, rara vez concede el destino una segunda oportunidad. De reojo, vi cómo entregaba la flor aderezada con un amplio despliegue de sonrisas y donaires; durante un buen rato en que abundaron los requiebros y el doble sentido, ella intentó sonsacarle, sin éxito, la identidad del remitente. El vendedor regresó a la barra, y ante un vaso aguardaba, tranquilo, una segunda recompensa de la que no habíamos pactado pero él sabía segura. A los pocos minutos, me acerqué con la excusa de rellenar mi copa en el mostrador; invité al florista, quien antes de beber dijo sin mirarme:

- Ataque el caballero, que no hay problema.

- Muchas gracias.

- Volveremos a vernos y ya tendrá que comprarme usted muchas rosas.

Mis amigos, enfrascados en discusiones, no se dieron cuenta de nada. Coke, junto con sus acompañantes, intentaba desvelar a su admirador secreto; acercaba la rosa a sus labios risueños mientras recorría el salón con sus ojos.

La vida social de mis compañeros se desplegaba con abulia. Cualquiera mujer exige la sorpresa en el sujeto que la aborda, no el miedo. Sabe el deseo; que el atacante marcharía a la cama con ella en ese momento sin apenas palabras; sonaría casi redundante cualquier insistencia en ese sentido. La única solución que vitorea el triunfo en su conquista consiste en causarle extrañeza. Ellas eligen a los hombres igual que un vestido; adoran la originalidad, el que ya poseen u olvidaron en el armario no les despierta interés. La distinción traza el único camino que adorna a alguien entre el uniforme invisible común a todos; excepto si el posible amante recuerda a la pretendida un traje antiguo del que guarde buen recuerdo, claro. Seguro que yo no me parecería a ningún pretérito y pasional amorío de Coke, demasiada fortuna. La breve charla con el vendedor de rosas sumió mi pensamiento en el eco de su confidencia. Con celeridad, urdí una maniobra de aproximación cuando vi que Pepe, el músico, entraba en el local. Tras un saludo amigable y dilatado al camarero, se dirigió hacia el piano dispuesto al fondo. Apenas nos conocíamos; en alguna ocasión le solicité que interpretase alguna pieza, no se sorprendería cuando me acercara a él.

Comenzó un concierto de buen aficionado pulcro en la ejecución. Me coloqué de pie a su espalda, copa en mano, como si leyera la partitura mientras palmeteaba en mi muslo al ritmo de los acordes de jazz. Coke se sentó junto al pianista; le sonreí y me devolvió una mueca amable; con las piernas cruzadas, batía aquellas tetas agresivas al compás; camuflaba mi excitación con la vista alzada al techo, cerrados los ojos, igual que si la melodía me calara hondo. Durante el descanso rogué a Pepe que interpretase

algún tema de Wim Mertens; Coke dijo que a ella también le gustaba; yo tenía todos sus discos.

- ¿Tú me has mandado la rosa, verdad?

- Pido perdón si he ofendido. No me acerqué por si molestaba al chico que está sentado junto a ti; tal vez sea tu novio y no le haya hecho gracia. Me has gustado mucho, pero te regalo la rosa con respeto y, repito, si te he ofendido, pido perdón. –Me alentó mi discurso: consideración, valentía, lucidez; una novedosa imagen de mí mismo. El olor a feromona femenina, que agudiza el ingenio más que el hambre.

-No, -rió- no es mi novio, es el de mi amiga. Ven, siéntate con nosotros. Si quieres, claro.

Una primera victoria en la que yo preveía larga guerra personal. Mis amigos me miraban sorprendidos y cuchicheaban entre ellos. Tras unos minutos, cuando estaba ya integrado con desparpajo en la conversación de aquel trío, se aproximaron para indicarme que marchaban. Mejor.

Charlamos y bebimos hasta el cierre; los camareros colocaron las sillas patas arriba sobre las mesas, y a mí en una situación complicada; un separado de hecho que aún compartía la casa marital, ella la de sus padres; me incomodaba darle mi número de teléfono y no me atrevía a pedirle el suyo. Esbocé un montón de explicaciones que, supongo, echaron abajo mi personaje y la opereta mantenida en un nivel efectivo de ataque durante toda la noche. Convinimos en que nos encontraríamos allí otro día, sin más indicaciones. Me fui con pocas esperanzas de volver a verla. Por lo menos, me había comportado como buen aprendiz intuitivo en el campo de la conquista callejera; muchas circunstancias se aliaron esa noche para que se desarrollase una función

plausible. Caminaba en el interior de una cálida esfera a pesar del frío ambiente. La vida me sorprendía.

Un mes más tarde me hallaba yo en el bar de siempre con los mismos compañeros. Ella entró. Mediaba octubre y, como cada año desde hacía quince, el dueño del local había organizado una fiesta por el aniversario de su apertura; música en directo y antiguos clientes que acudían para la celebración de un acto con gran eco en mi ciudad; encuentro con viejas amistades e, incluso, una excusa idónea para el acecho con intenciones lascivas de esas féminas que quedaron lejos de tu biografía por cualquier circunstancia.

Los días equilibran. Aquellas jovencitas, deseo inaccesible, ahora se mostraban dóciles conversadoras profusas. Casi todas sufrían divorcios y relaciones tristes en su currículum; anhelaban la charla divertida e interesante con cualquiera. Mientras más guapa una adolescente, mayores posibilidades desarrolla para que arrastre al peor chulo de la acera; sin duda, en el ruedo de las horas, la vida había enviado eficaces picadores que desconsolasen los lomos de aquellas admiradas. Coke tenía veinticinco años, diez menos que yo. Pasó por aquel sarao sólo un momento, aún encauzaba su ocio por los raíles del desenfreno y la exploración. Se alegraba de que hubiéramos coincidido y precisamos una cita para la semana siguiente; no le concedería al azar otro golpe de ruleta.

- He venido con mi amiga Caro para que conozca este sitio ¿No nos presentas a tus amigos?

- Por supuesto. -No me agradaba la idea, aunque careciera de otra opción; además ¿qué iba a hacer con Caro? Una chica también guapísima, por otra parte.

Cada uno enunció su nombre acompañándolo de besos; esa inesperada presencia femenina de veinticinco añitos despabiló el gracejo a todo el rebaño varonil. Animados el uno por el otro consiguieron que ambas se convulsionaran de la risa; los chicos saltaban de un chiste a otro, de anécdota hilarante a otra, sin permitirles un respiro, como si buscasen su vencimiento mediante la fatiga; apoyaba mis intenciones aquel despliegue colectivo de ingenio, pero yo buscaba una conversación en privado con Coke.

Odio el baile. La danza horroriza a la mayoría de hombres que conozco. No me refiero a ese leve contoneo según el ritmo, sino a todo ritual reglado por pasos y variaciones. Si uno aprende a bailar, sabe que conquista a gran parte del género femenino. Como tipo humano, existe la figura del ligón danzarín, pero no abunda; a cambio, la naturaleza compensó con ese cierto mal gusto extendido que empuja a las mujeres hacia la pachanga de feria, o las cantilenas de moda, siempre ajenas a los bares donde suene música de calidad, jazz, blues o rock, donde con frecuencia uno sólo halla varones que comentan la magnífica ejecución del tema que se oiga, mientras las chicas acuden en tropel a locales donde truenan canciones oportunistas.

Me trajo muchos problemas mi masculina aversión a toda danza durante el matrimonio. Me repele. Recuerdo un bar de Tenerife, con velas por todo el suelo y decoración africana, donde Concha quiso que bailáramos una melodía lenta que interpretaba un organista en directo; aquel pequeño escenario vacío se me representaba como la sala de despiece de un matadero, en el que yo, morsa de circo, exhibiría mi ridículo; me negué, y aquella noche penosa turbó el final de las vacaciones.

Como no veía otra solución que despegase a Coke de mis amigos, tan poco solidarios con mi deseo, la invité a que bailásemos. *I'm waiting for the man* quebraba el

aire en una versión suave y larga de Lou Reed en concierto; allí, entre las mesas, nos abrazamos y movimos con la precaución de no arrojar el contenido de algún vaso sobre el pantalón de nadie. Funcionó. La originalidad. Ahí estuvo, creo, el matiz que me distinguió entre el rebaño. Se sintió halagada; me arriesgué por segunda vez y me besó el triunfo.

- Mira, mi vida se está rehaciendo, y puedo parecerme un casado que busca huir del tedio marital por un momento.

- Oye, no te he hecho preguntas. Tampoco quiero que me las hagas. Sólo vamos a divertirnos.

- De acuerdo, pero me gustaría verte y que pudiéramos salir solos y charlar.

- Vale, luego te doy el número de mi teléfono móvil.

- Dímelo ahora.

Lo memoricé; aunque trabaje en un banco, siempre he mostrado dificultades para retener una cifra en mente; antes se hubiera borrado del cerebro la fecha de mi cumpleaños que aquella clave de la emoción. Seguimos abrazados pocos minutos más. Caro tenía que irse a casa; ambas marcharon. Aguanté las bromas de mis amigos entre risas y brindis porque la suerte nos había acariciado esa jornada.

-¡Qué cabrón, qué bien te lo has hecho, con lo de sacarla a bailar!

- Sí. Noté que Coke tenía ganas, y para que no se fueran antes... pues me decidí. – No quise conceder ninguna importancia a aquel hecho; me convenía que se olvidasen de mí durante la próxima semana.

- ¿Qué le has dicho mientras bailabas?

- Bueno, más bien ha hablado ella, sobre su vida y lo a gusto que está con nosotros y eso; yo creo que está aburrída y le apetece charlar y vernos.

Una bonita noche para todos, coronada por la satisfacción de sentirse aceptado. Que una chica lo pase bien contigo permite que el gozo detenga su camino inquieto ante tu puerta.

La telefoneé con bastante ansiedad; me reconoció en poco tiempo. Salimos juntos en varias ocasiones pero yo aún compartía casa con Concha y, además, sufrí el asalto del síndrome Luisa; temía darle un beso aunque brillaran instantes propicios, sobre todo, cuando habíamos consumido muchas copas, obligados los dos a una permanencia en las calles hasta casi el amanecer. Aquel horario de pasiones me derrengó. Nunca regresaba a mi lecho solitario antes de las tres de la madrugada; cuatro horas más tarde y, con toda premura, vestía y daba el desayuno a mi pequeña, me aseaba, corría hacia su colegio y culminaba mi desenfreno matutino, como un milagro, ante mi oficina bancaria al minuto puntual. Los fines de semana nos sorprendía el sol, y almorzábamos pronto con el objetivo de seguir bebiendo. Alguna siesta, o el turno para el esparcimiento de Concha me salvaron de la locura.

Llegaron las semanas anteriores a las fiestas navideñas sin que nos percatásemos. Tiempos martirizados por cenas y almuerzos con amistades y compañeros de trabajo que debía hacer compatible con mis escapadas nocturnas junto a Coke. El espejo de cualquier retrete me devolvía una imagen añosa y demacrada en demasía; la metamorfosis hacia una piltrafa humana. Una noche más de alcohol y somnolencia me decidí y la besé; cerró los ojos y rodeó mi cuello con sus brazos; indefensa, acaricié sus pechos. No sentí nada especial después de tanta indecisión.

- No sé por qué hemos esperado todo este tiempo para besarnos. –Dije.

- Sí, es verdad, qué tontería. –Se le trababa la lengua con la borrachera.

- Me ha encantado besarte, lo haces muy bien. Oye, ¿quieres que nos acostemos? Yo pago la habitación. –Vació su vaso de tubo antes de contestarme.

- Pero que ninguno de los dos hayamos hecho el amor en el hotel que elijamos.

En mi ciudad jamás había dormido en un hotel; sugerí los mejores.

- ¿*El Cairo*?

- No.

- ¿*Flamingo*?

- No

- ¿*Abbey Road*?

- No.

- ¿*Habana*?

- ¿*Las biznagas*? –dije yo buscando hoteles de menor categoría.

-No. Ahí, tampoco.

Seguí con la lista. Mi ánimo decaía. Aquella enumeración semejaba un concurso televisivo. Yo no conocía muchos establecimientos y todos jalonaron las andanzas lúbricas de Coke. Salimos a la calle; me encontraba apesadumbrado y confuso. Hacía frío. Coke caminaba sujeta por mis brazos, cabizbaja como si su cuello se hubiera convertido en trapo por los efectos del alcohol y la fatiga. Vi un cartel: *Hostal del Duque*. Pregunté sin esperanza:

- ¿Dormiste en este sitio?

- No. –Balbuceó, casi.

- ¿Entramos?

Respondió hacia el suelo algo que yo interpreté como afirmación. El recepcionista estaba dormido. Las cuatro de la madrugada. Nos miró con desconfianza;

cualquiera que aparezca a esas horas con una chica agarrada por la cintura como alfombra entre los brazos, despabila al testigo.

- Buenas noches. ¿Una habitación, por favor?
- ¿Para cuánto tiempo?
- Nos iremos mañana.
- Bien, firme aquí. Tendrá que pagarla por adelantado.

Escribí mi nombre en la hoja de registro, como pude, con la mano izquierda. Deposité a Coke en un sillón cercano y di al recepcionista mi tarjeta; el datáfono tardaba en responder y ocasionó una incómoda espera; ambos evitábamos un cruce de miradas, aunque los dos contempláramos a Coke allí medio tumbada que, con aquella postura de marioneta sin cordajes, exhibía sus medias, liguero y bragas negras. Me excitaba que un desconocido participase de mi promesa aún apenas vista. Nos despertó el tableteo de la impresión del recibo. La leve campanilla de llaves produjo un efecto de muelle en Coke; de repente saltó:

- Un güisqui, quiero un güisqui con Coca-cola, y velas, quiero velas.

El recepcionista y yo nos miramos con gesto de sorpresa.

- Lo siento, señora, pero el bar está cerrado y no tengo velas; si le vale una linterna...
- Déjelo. Gracias. –Medié.

Llegamos a la habitación: aseo con losas que balanceaban al paso, y una cama con crucifijo y colchón roto. Coke se tumbó; yo con sonrisa bobalicona de niño que va a cometer una travesura le indiqué que iba al servicio a lavarme; cuando volví, roncaba desnuda sobre la colcha; intenté despertarla con suavidad. Imposible. Me reí. Me reí de mí mismo y de aquella situación, emocionante y estúpida al mismo tiempo. Tampoco pasaba nada. El síndrome Luisa había desaparecido y me iba a acostar con una preciosa

chica aunque, en sentido literal, dormiría junto a una hermosa mujer. Me quité el jersey de algodón y, con cierto trabajo, se lo puse para que no pasara frío; estaba destemplada. Me desnudé, la cubrí y cerré los ojos abrazado a ella en la oscuridad. Aspiraba su perfume y sentía el pulso de su corazón. Descansaríamos al menos.

Como un puñetazo, recordé que al día siguiente, o sea, en minutos, yo tenía que llevar a mi hija a su colegio vestida de pastorcita para una representación de clima navideño. Miré el reloj; las seis de la mañana. Coke respiraba con fuerza. Alterado, me vestí sólo con los pantalones y la cazadora. Por el pasillo ante el recepcionista, me limité a musitar un *Hasta ahora*. Buscaba el coche a la carrera por las calles solitarias sumido en una inquietud que por momentos se mudaba en miedo indeterminado. ¿A qué? Un intenso frío interior me había invadido; mi mandíbula temblaba.

Los efectos del alcohol en mí siempre se revelaron reparadores. Me torna locuaz e ingenioso y, además, me sume en un agradable estado de satisfacción; pero nunca se deben combinar copas con tristeza. El alcohol ni cambia ni borra nada; al contrario, acentúa la pendiente de cualquier cuesta de sentimientos por donde alguien rueda y desata los temores que uno oculte en sí; en esos momentos, se transforma en una droga desbocada; extrae a cada cual la insania que alimente y la posa en sus manos. Yo lo resistía un poco mejor que Coke; aguantaba más tiempo con una cierta lucidez. El alcohol mezcla muy mal con las navidades. Nos invade el empalago que impera en el ambiente. Algo perverso rige ese meloso culto a la bondad impostada. Filtra la tristeza y quienes, durante el resto del año no sufren conciencia de desgracia, se contemplan rotos porque su biografía no se cimienta sobre nieve de espuma y bolas de colores. Bien visto, sólo significa un elemento de castración personal, pero imagino que ese colmo navideño de inocencia desencadena un proceso de ósmosis que mancha la existencia de todos.

Mis estadísticas personales me confirman que la clientela acude en tromba a burdeles, confesionarios, establecimientos noctívagos, teléfonos de salvación, psicólogos-psicoanalistas-psiquiatras y grandes almacenes. Cada quien lucha como sabe.

Me alcanzó la tristeza; lloraba mientras conducía. Además, los efectos étlicos avivaron el carrusel de las obsesiones. Si en ese instante, el recepcionista que en mi delirio exhalaba aires de psicópata, por ejemplo, ahogase a Coke con una almohada, yo iría a la cárcel por asesinato. Los pasos de aquel tipo se amortiguaban sobre la moqueta del pasillo; Coke respiraba con hondura; leves gritos acallados por la almohada. Cuando me detuvieran, agacharía la cabeza en silencio; todos los indicios me acusaban. Aceleré, angustiado por la certeza de que llegaría tarde a casa. Caí en la cuenta de que, en el camino, la guardia civil establecía controles de alcoholemia. Borracho y medio vestido; la víctima llevaba puesto mi jersey. El juez aceptaría todas las pruebas. Los guardias civiles certificaban mi huida, mi ebriedad y el miedo que me empujó a abandonar la habitación de modo tan precipitado que ni siquiera recuperé mi prenda. Un móvil evidente; la víctima no quiso hacer el amor conmigo y la maté como venganza, o por despecho. Lloré. Ningún resquicio me amparaba. Mi culpabilidad manifiesta solicitaría la eximente por alcoholismo o porque jamás me hubieran impuesto una multa de tráfico; poco más podría argumentar mi abogado. Una vida destrozada como recompensa a la desaparición del síndrome Luisa.

Concha ya se maquillaba cuando entré. Preferí que no me viera.

- ¡Vaya horas! Un poco más, y llego tarde al trabajo por tu culpa. Por favor, sé más atento con estas cuestiones.

- Perdona es que no me he dado cuenta. ¿Dónde está la ropa de la niña?

- Ahí, en el armario de su cuarto.

- Bueno, vete tranquila, ya la visto yo. –Contuve las lágrimas. Un padre asesino.

¡Qué difícil disfrazar a una niña de pastorcita! El corpiño negro al que ciñe un cordón cruzado, las medias gruesas que suben con dificultad, las zapatillas con tiras de cordones que no se ajustan, el pañuelo... Con mi estado de nervios, el llanto de mi hija cuando despierta, y las náuseas producto de la resaca que me dominaba, me vi obligado a llevarla al colegio sin pañuelo; interpreté ante su cuidadora mi faceta de inútil señor de la casa.

- Disculpa que no le haya puesto el pañuelo, es que soy un torpe.

- Ay, estos padres. Traiga, traiga que ya la arreglo yo, pobrecita.

Abracé a mi hija, como progenitor que marcha al extranjero para unos treinta años. Me emocioné y la monitora me miró con extrañeza; otra prueba en contra. Desde un teléfono público avisé al banco de que usaba uno de mis días libres según convenio.

Amanecía cuando salí del centro de la ciudad; en este momento, a las nueve, la hora punta esquilmba el exiguo aparcamiento al tráfico colapsado. Quedó el coche lejos del hostel y corrí aterrado por lo que encontraría cuando llegara a la habitación. Otro recepcionista; seguro que el anterior le había hablado de nosotros y de mi extraña fuga, para que se abonase el terreno de mi infortunio. Me acerqué con sigilo hasta Coke. Respiraba. Respiré. Me había poseído una alucinación cruel. Junto a ella recostado cerré los ojos; despertó.

- Buenos días. –Dijo, cariñosa y sonriente.

- Buenos días. ¿Has dormido bien?

- Sí. De un tirón; me duele un poco la cabeza, pero nada, apenas. ¿Me has puesto tu jersey? ¿Y tú, has pasado frío?

- No, yo, no...

- Muchas gracias, qué atento eres. –Me abrazó y deslizó su boca hasta la mía. Nos besamos lentamente.

- ¿Quieres que lo hagamos?

- Bueno.

Según códigos de la especie, un caballero responde con la afirmación ante esa pregunta. No me apetecía nada tras mi infierno nocturno; aunque sin ánimo ni fuerzas, me entregué a mi condición masculina. Le mordí en el cuello y en los hombros, lamí sus pezones y deslicé mi lengua hasta su vagina. Ella gemía.

- ¡Penétrame! ¡Penétrame!

Me despojé de los calzoncillos; mi pene oscilaba flácido entre sus muslos. Coke parecía una cruz caída sobre la cama. Me concentré en el bombeo sanguíneo hacia el glande imaginando el interior de una manguera. Imposible. Yo besaba, lamía, mordía y abrazaba, pero no me llegaba la erección. Me derroté sobre ella.

- Te lo habrán dicho muchas veces, pero te juro que es la primera vez que me pasa.

- Sí. No te preocupes. Vámonos, acércame a la peluquería de mi barrio.

Nunca más me encontré con Coke. No me quedaron ganas de acostarme con ella. Interpreté aquel día no sólo como una serie de hechos desafortunados y previsibles directos hacia el fracaso, sino como la disolución de un espejismo; aquella chica loca y alegre con quien emprendía una nueva relación quizás amorosa, se convirtió en un demonio capaz de encadenarme a un delirio de mayor tristeza que el del matrimonio frente a mí destruido. Además, esa aventura me impelía hacia una ruina económica donde siempre yo pagaba restaurantes y copas. No obstante, reconozco el necesario paseo por los dominios de Coke con su espaldarazo vital; en circunstancias complejas me demostré a mí mismo que almacenaba recursos de supervivencia en la jungla que se

avecinaba. No estuvo mal. Algunas semanas después, Concha y yo vendimos la casa, repartimos bienes y cada uno emprendió un camino cada vez más divergente. De hecho, perdí el contacto con mi hija. Días desagradables. Un divorcio escribe una derrota; aunque eso lo comprendo en la distancia que otorga el tiempo.

2

Ante la nebulosa

Una de las dañinas mudanzas anímicas que se desarrollan en la última etapa de cualquier separación conyugal, hermana al sujeto con un perro, o una iguana, abandonados en el arcén de cualquier autopista. Cuando la sospecha del fenómeno solidifica en certeza, la angustia acucia con la pregunta sobre la ubicación posible de la ración de comida diaria y del nuevo abrevadero. En líneas generales, todo el mundo se metamorfosea en animal doméstico en proporción directa a la consistencia del matrimonio; es decir, el humano pierde su naturalidad y se aloja en un hábitat cómodo, aunque de artificio, donde el mayor acto salvaje consiste en la conquista solitaria del sofá antes que los demás pobladores del cubículo, o en la extinción del último refresco camuflado en la nevera; alguien tendrá que caminar hasta el supermercado para su reposición; el éxito se cifra en que otro esté obligado a hacerlo. La familia como campo de leve supervivencia.

Cuando uno se divorcia intuye que no le faltará el alimento; incluso, si cultivase determinadas habilidades no sufriría ninguna merma en su higiene, lavadora, ni plancha. Un varón solitario debe dominar los trucos del guerrillero urbano, como ese de las camisas colgadas en el cuarto de baño mientras la ducha; o la más simple adopción de una moda juvenil con vestuario siempre informal en el que prevalezca la camiseta deportiva, a pesar de la posible edad impropia de quien luzca ese hábito en todo momento. Ante una camisa inevitable siempre sugeriremos el uso de un buen abrigo durante el camino hacia el trabajo, sobre todo si hace calor; las arrugas desaparecen por

sudoración. Respecto a los pantalones, vaqueros o similares. La eficacia de estos consejos depende de que las prendas sean recogidas de la secadora o tendedero en un plazo de tiempo razonable; si por la azarosa y, con frecuencia, caótica vida del recién divorciado, la máquina albergara las prendas durante un período superior al mínimo para la proliferación de hongos y bacterias, recomendamos que el proceso de limpieza se active de nuevo.

La sencillez con que se efectúan las suplencias materiales contrasta ante el complejo desarraigo de los hábitos que el matrimonio tatúa. Una persona casada, igual que una fiera en la jaula, se tumba y abandona; tras un tiempo no intuye el peligro, no sabe huir, olvida métodos de caza y, lo peor para el humano, desarrolla comportamientos sexuales que lo incapacitan para las lides callejeras y, además, lo tornan infeliz bajo las sacras sábanas conyugales. El ambiente saturado por feromonas iguales anula el estímulo. La propiedad conlleva el fin de la ilusión por el objeto anhelado. La pareja joven busca que la mañana los sorprenda en un abrazo, la ducha común, la borrachera que conduzca alegre a la cama; con el transcurso de los meses, ven juntos sus primeras películas pornográficas, llegan las adquisiciones de lencería y artefactos eróticos para que el dormitorio luzca un cierto aire burdelario que despierte la imaginación y el gozo. Caminos ciegos. Brotan rutinas insanas cuando las nupcias. La actividad amorosa se resiente la primera; una pérdida mutua del respeto surge cuando cualquiera de los dos se reescribe como un sujeto paciente sin obligaciones hacia el placer del otro. Además la propia naturaleza expele el polen de conflictos irresolubles; el hombre busca la expulsión de esa amalgama de esperma diario que le fabrican sus testículos; la mujer desarrolló otros ritmos de necesidades; unida la menstruación a los peligrosos tifones de hormonas que soplan los días previos, ocasiona que su deseo, en

líneas generales, quede reducido a períodos de quincena por mes, durante la cual deben ser detraídas jornadas de cansancio, enfados e inapetencia; un cálculo impreciso revela que la cópula dispone de unas veinte ocasiones por año. El varón acude ciego a la llamada del instinto; el exceso de semen le abotarga el cerebro y niebla sus conexiones neuronales, lo que deriva en el egoísmo absoluto; bajo esta tesitura, el macho sólo usa a la hembra en el sentido estricto del verbo; la explota aunque entre la biblioteca personal se hallen estudios sobre el orgasmo femenino.

Modifiquemos la situación. Si el coito se produjera contra la exuberante vecina de enfrente, aquella que tanto muestra los pechos cuando tiende la ropa al sol, el individuo, a pesar de que sufriría idénticos niveles de sobrecarga seminal, incluso mayor excitación, procuraría un despliegue de posturas maravillosas que dibujasen sobre el imaginario de la acompañante una aureola invisible que lo calificará ante cualquier otro rival imaginario, como el mejor de los amantes, la mónada de Leibniz en su versión viril, la cintura mejor articulada, el pene con mayor empuje, la lengua más vibrante sobre un clítoris, o la marca mundial de resistencia en los ejercicios como émbolo. Este sino ancestral que nos aboca a una perpetua exhibición como el óptimo espécimen reproductivo de la manada también desarrolla su trasunto femenino. Si la esposa hubiera marchado a la cama con un compañero del trabajo, por ejemplo, en el transcurso de cualquier fiesta conmemorativa, ella llegaría excitada desde su propósito urdido durante, supongamos, las copas tras el almuerzo; traspasaría el umbral con la disposición de que su amigo le arrancase las bragas, y sin que reprochara la celeridad del acto, percibiría hasta el más mínimo roce sobre su cuerpo; la chica-fuego del trabajo, la vagina más húmeda y sabrosa de cuantas hayan inundado las papilas gustativas de un hombre, la mejor boca succionadora de toda la empresa.

En fin, el matrimonio genera, por ambas partes, una aciaga pérdida de la lealtad debida. Visto así, parece noble y civilizada la actitud de quienes, conscientes de esta trampa, juegan al intercambio de pareja, terapia que implica una frialdad de cirujano, pilar para una convivencia satisfactoria sobre el que se asiente esa unión cómplice, desconocida por los demás tipos de enlace. En definitiva, de modo inconsciente, cada uno busca la vuelta a los orígenes animales, a aquella tribu que habitaba en la caverna uterina, hogar único para hembras y machos, con hijos del grupo, responsabilidad común, pues ignoraban el uso del adjetivo posesivo aplicado a personas.

La peor alucinación que sobreviene cuando una pareja rompe sume al sujeto en el caos anímico de un animalillo casero lejano a su medio biológico; ni anfibio, ni material reciclable. Cada uno espanta ese pánico como le permiten.

Rosi, según ella la mujer camaleón, presumía de su fácil adaptación a cualquier marido o novio. Detallaba las facetas exhibidas junto a las personas con quienes se hubiera involucrado, y lo que de ellas echó en falta de aspectos sentimentales o sexuales; a veces, relaciones efímeras. Ahí halló su método. Una falta de conciencia que anule el daño y ahonde en la naturaleza del humano, masa de agua que disuelve materia orgánica pestilente con capacidad de reproducción, ciega hacia su destino. Mientras las amistades reíamos aquellas confesiones, Lalo, su esposo actual, las soportaba con un deje de tristeza en los labios, se sabía intercambiable, perpetuo pato de feria en la mirilla, o un opositor crónico ante el tribunal. De todos modos, una pareja se conoce desde las sábanas hacia abajo; roza la imprudencia cualquier invasión de la intimidad de alguien por patética que se muestre ante los espectadores. La soledad doblega muchos ánimos. Nunca dije a Lalo que su esposa no amaba a nadie. A él tampoco.

Recién divorciado y lejos de Coke, sufría sin entereza mi falta de asidero durante aquellas primeras noches de desamparo absoluto. Derivé hacia los bares. Además, por un destino péndulo yo rompía mi matrimonio cuando la mayoría de mis amigos contrajo el suyo; todos se hallaban encauzados entre unos diurnos hábitos hogareños. Tres años antes, mi amigo José Antonio Arbizu aún regentaba su bar de copas, *Swing*, trasnochador. Yo huía de mi casa. Concha nunca despertaba de ese sueño metódico que con su profundidad tanto nos distanció. No importaba la hora; siempre disfruté una charla agradable con mi amigo camarero, o con algún cliente; paladeaba algunos vasos de ron-cola y volvía excitado a la cama. Aquellas copas clandestinas que finalizaban con una ducha y un enjuague bucal difusor de hedores nocturnos sabían mejor.

El local articulaba una pasarela para José Antonio; en aquella barra bebía una buena cantidad de artistas, músicos y, sobre todo, escritores, verdadera vocación de su dueño, con quienes estableció unas relaciones cordiales, espoleadas por el buen ánimo de la alegría noctívaga. Durante el mes de mayo, ideó un *collage* que se armaría poco a poco con los retratos de la clientela asidua cuando su primera comunión. Ambos charlábamos solos una de aquellas noches. Llovía con la fuerza comprimida de la primavera mediterránea. Cerraría para que nos tomáramos una penúltima copa en algún otro sitio. Entró Solís Mencía, conocido nuestro desde la adolescencia y poeta local muy guapo, según opinión de las féminas con quienes se unía sin criterio definido; un antibiótico de amplio espectro adherido a cualquier falda. Quizás se trate de un superviviente; los humanos y los carroñeros nos adaptamos hace milenios a cualquier dieta biológica o anímica. Antes se exterminan los tigres que las ratas, o las águilas imperiales que las gaviotas. Quienes se alimenten de basura heredarán la Tierra. Solís ofrecía su brazo a la mujer más cercana. Reconozco que la soledad también flexibilizó

mis límites estéticos respecto de las chicas, pero siempre supe qué me agradaba de cada una aunque mis allegados no simpatizaran con ella.

Solís encaminaba sin rubor sus anhelos hacia discotecas para la tercera edad; salía junto a una señora de sesenta años, recién separada y confundida ante esta sorpresa; al día siguiente intentaba los favores de una estudiante casi adolescente, o una madre de familia madura. Consideraba estas acciones, aliento para su leyenda de zorro urbano. Los amigos nos referíamos a él como “El camión de la basura”, o “El basura”. A todas engatusaba con iguales abalorios: “¿Sabes? Soy poeta. Tú logras que mi sensibilidad aflore desde mi profunda tristeza”, o “¿Sabes? Soy poeta. Pocas personas me conocen de verdad y tú con una mirada has descubierto mi realidad.” Luego, las exhibía y, aunque honrada peluquera, o solícita supervisora de almacén, a todas presentó como escultoras, pintoras figurativas, fotógrafas, escritoras fantasmagóricas o reporteras bélicas; incluso, artesana de la seda salvaje a una camarera muy conocida por todos.

Aquella noche llovía mucho y yo, más bebido de lo habitual. Solís llegó al *Swing* justo cuando nos marchábamos, pero un negocio debe respetar algunos códigos de compostura. Como siempre, vociferó su desprecio hacia los otros. Señalaba frente al collage.

-Sergio siempre ha sido un cabezón –Rió, con sus manos en los bolsillos y la barbilla alzada hacia Sergio Contreras, pintor agasajado en Berlín y Nueva York con frecuencia.-. Y el Castro, un mariconazo. –Iván Castro, profesor de Literatura Española en Dallas y novelista de reconocido prestigio.

Nos mirábamos en silencio Arbizu tras la barra y yo. Sentado junto a mí, Solís encendió un cigarrillo; tras la primera exhalación de humo nos saludó con una media

sonrisa. Una chica con el pelo mojado y el rímel corrido abrió la puerta. Con su máscara de mapache indefenso, se detuvo junto a Solís que profería cada pocos segundos alguna caricatura lerda sobre los fotografiados. Arreciaba la lluvia, y como el bar había transgredido con holgura la hora del cierre durante días laborales, Arbizu quitó la música. Solís se volvió hacia la chica. “Invítame a una copa”. Obedeció. Ginebra con tónica y un botellín de agua para ella; hurgaba en el monedero con la preocupación de quien revuelve con insistencia hasta que aparecen las monedas necesarias. Menuda y deslucida despertaba el cariño igual que un juguete antiguo. Solís nos espetó a volumen muy alto: *Pues aquí, ésta, donde la veis, es escultora y me va a esculpir un busto de cuerpo entero.*

Arbizu, prudente, serpentea las situaciones comprometidas. He visto cómo echaba del bar a tres tipos con tono de quien rechaza una oferta. Se fueron mientras juraban que lo matarían. Ante la sandez de Solís, se me escapó una carcajada; la chica me miró y también se rió con gestos de ratoncita feliz. Arbizu, con los brazos cruzados, miraba al vacío. Solís la giró hacia él, cogida por el hombro.

- ¿Qué te pasa a ti, imbécil?

La chica no contestaba. Intenté que aquel bestia se apaciguase.

- Vamos, hombre, déjalo. Si ha sido culpa mía, que me he atragantado y a la vez me he reído, ella me ha visto y...

Solís no me atendía, su mirada fija sobre los ojos de aquella mujer, tan abiertos que semejaban el artificio de las muñecas. Me interpuse; había pasado buenas noches de copas con Solís y, alguna vez, nos telefoneamos para salir juntos. Apenas reaccioné cuando vi su puño hacia mi cara. Me golpeó el ojo. Tropecé con un taburete y desde el

suelo contemplé cómo ella se reía de mí; luego, se carcajeó Solís. Arbizu ordenó a ambos que se marcharan a casa. Me sentí ridículo; tuve ganas de vomitar.

A la mañana siguiente, Concha creía que bromeaba con un moratón de maquillaje. Ante una mentira, la huida se traza hacia delante y con toda la velocidad posible.

- Mientras dormía, recordé que había dejado una carpeta importante en el asiento delantero del coche. Quizás fuera un sueño premonitorio, ya sabes que no creo en esas cosas, pero me obsesionaba la idea de que la robaran aunque no contuviera más que documentos del banco. Total, que preferí acercarme al coche. No quise despertarte. Efectivamente, la carpeta estaba allí, a la vista de todo el que pasara. Cuando iba a entrar a casa, llegaron dos tipos, me pidieron un cigarro, les dije que no fumaba, me pidieron dinero para comprarlo, les mostré que no llevaba nada encima, que había bajado un momento. Uno de ellos me lanzó un puñetazo y me registraron mientras salía del aturdimiento. Además, me volvieron a golpear en los testículos para que me quedara inmóvil un buen rato. Así, a traición, que si no... Anda, deja que duerma un poco más.

Confusa, Concha no hizo ningún comentario. Con las manos entre las piernas y la cara contra la almohada, me hacía el dolorido.

- Pobrecito, ¿quieres una infusión o hielo?

Aquella muestra de mi debilidad esquivó una posible disputa de mayores alcances. Presos entre ideas torpes de lo varonil evitamos el relumbre en nuestra conducta de lo que consideraríamos maneras femeninas, para nuestro imaginario cifradas en actitudes tan elementales como, por ejemplo, una postura algo timorata ante acontecimientos salvajes, el desarrollo de la cortesía que aprecia la elegancia de un vestido nuevo, o la delicadeza ante aspectos domésticos que nos susurre el beneficio de

que incluyamos un protector solar en la bolsa de la playa, o de que pintemos las paredes del dormitorio aunque se vean limpias. Esta proporción de feminidad asegura recompensas y parabienes por parte de las chicas. Yo cultivo mis facetas sensibles; me vi abocado a la busca de compañía entre la aspereza de las esquinas y las barras de los bares, para mí únicos refugios válidos; aunque sopesé sus ventajas, rehuí la afiliación a clubes excursionistas, grupos de teatro aficionado, sectas, o un gimnasio de yoga, alternativas tóxicas; también consideré las agencias matrimoniales, e Internet. Paradojas, escapamos del matrimonio donde la mujer se erige en problema; luego, su ausencia desata la inestabilidad anímica y revela complejo un nuevo asalto.

El intento de relación con una camarera designa el error más constante que el hombre recién liberado comete. Que insulte quien jamás haya intentado un derroche de gracia más allá de la prudente, quien, en un delirio de ego, no haya creído que aquella amabilidad de la trabajadora surgió a causa del amor a primera vista escanciado junto con la primera cerveza. Una gran alambrada onírica que, además, con frecuencia daña con padecimiento crónico. El incauto bebe varios litros de alcohol recio –importa esa apariencia viril- apoyado en la misma barra, atento como un corderillo a la analgésica carantoña de sonrisas y algo de conversación que ella, tal vez, regale si la clientela no abarrota el local. El sujeto de barra nunca comprende que la camarera se halle allí por la esclavitud de un salario, sino que, como él, disfruta entre los portazos de los frigoríficos y con el dolor de articulaciones. La chica conoce su éxito; intuye a mucha distancia sus posibles depredadores como buitres sobre un muro, pero su oficio le confiere mayor inteligencia para los contactos sociales que a los demás. La aspiración de cualquier profesional de la hostelería -putas, travestidos y gogós incluidas- para cuando acabe la jornada, se materializa en que sus piernas descansen sobre un sillón, mejor con un

estricto masaje terapéutico, pero nada más; sufre horas de pie, o correteando de un lado hacia otro aunque su club se señale como el más divertido de la urbe. Los torpes de taburete, incapaces de hablar con la mujer que se sienta junto a ellos, prefieren la charla intermitente con una operaria que responde monosílabos y educadas risas, señales de aprobación y cariño en el imaginario de aquellos.

La mía se llamaba Mercedes. Me cautivó su rictus enigmático. Apenas hablaba, al menos conmigo, pero yo intuía que a ambos nos gustaba el contacto, la apertura de algún canal que diera pie a la conversación breve. Muy seria y ágil, atendía de una mesa a otra y casi gobernaba el *Funky* ella sola, auxiliada por Tania, más joven y llamativa, cuyo novio la vigilaba perpetuo, emboscado sobre un taburete al fondo. Mercedes permanecía jornadas enteras casi en silencio; sin embargo, apenas había apurado mi copa, cuando ya encontraba ante mí, sin petición, un nuevo vaso lleno de ron-cola. ¿Me observaba? ¿Sabía la frecuencia con que me apetece beber? En todo caso, representaba la segunda persona que atendía mis pequeñas necesidades, después de mi madre. Comencé a frecuentar solo aquel sitio. Me aburrían mis compañeros del banco y, por las tardes, la ilusión me espoleaba camino contrario a mi domicilio. Junto a la barra, promovía cualquier discurso relacionado con las fútiles incidencias acontecidas en el salón. Mercedes respondía con vaguedades; aunque apenas me mirase, yo notaba esa sutil atracción mutua que me confirmaba cómoda su presencia. Discreta, pero yo no le pasaba desapercibido. La puse a prueba. Una noche me trasladé de mesa en varias ocasiones; ella sabía con precisión dónde traer las copas. Yo no generaba la coyuntura en que pudiera rogarle que tuviéramos una cita.

Pasados un par de meses durante los que acudía delirante a aquel punto de encuentro coincidí con Germán Ruiloba.

- ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo tú por aquí?

- Pues ya ves, le estoy haciendo un retrato a Mercedes y quiero anunciarle que está casi listo. Lo traeré esta semana.

La ocasión. Germán, mi amigo desde la niñez, pintor de mundos imaginarios, me explicó que el dueño del *Funky* le había pedido la obra como obsequio para Mercedes por su buen cuidado del negocio mientras él disfrutó unas largas vacaciones en Nueva York. Me deprimí; su jefe también pretendía acostarse con ella. Los códigos luminosos de los machos humanos. Ya imaginaba las dificultades sobrevenidas en la lucha contra su patrón; no por los vínculos de dependencia que adopten las empleadas respecto de él, sino por las horas juntos desde la apertura hasta el cierre; además, ejercería sobre ella un atractivo como líder imposible para el cliente; al menos, para mí. Confesé mis inquietudes a Germán; me tranquilizó. El dueño se debatía enredado en unos planes amorosos muy complejos con una escultora alemana; de ahí lo del viaje; ahora se iba a Berlín con la mujer cuya conquista nebulosa arruinaba su fortuna; aunque otras manos condujeran sus inversiones, proporcionaban beneficios como si él contabilizase la recaudación del día. El encargo significó una recompensa a la eficaz Mercedes. Regresaron las esperanzas ante alguna posibilidad.

- Además –me sugirió-, si quieres, aprovecha que el lunes próximo es su cumpleaños, y se lo traes tú; me haces un favor porque estoy muy ocupado.

El mar abierto ante mí. Un motivo para la conversación; tramé en pocos segundos un extenso índice de estrategias y caminos que condujeran al fin deseado. Impaciente durante los días que mediaron hasta su festejo, acudí a visitarla en varias ocasiones para que la relación fluyera de modo natural, así la entrega del obsequio culminaría una serie de sensaciones felices. Ella se mostró crítica, apenas habló

conmigo. Llegado el momento, me acicalé un buen rato frente al espejo como un guerrero antiguo antes de la batalla; incluso compré cremas hidratantes y afirmantes faciales para las incipientes arruguitas alrededor de los ojos. Un cazador afila sus cuchillos antes del cerco, y yo fantaseé con afán de victoria. Quizás esa noche no amanecería en sus sábanas, pero quién sabe. De cualquier modo, que nunca leviten contingencias en el azar, invocan la desgracia.

Cuidé los detalles; ellos inclinan la voluntad. Hielo para las copas, toallas limpias, mi mejor lencería, el hogar ordenado y reluciente, preservativos y diversos licores; incluso busqué salva-slip, un cepillo de dientes y varios para el pelo por si quisiera demorar su marcha. Minimicé riesgos según la más estricta ortodoxia de la ética empresarial para el rédito. Una última mirada al probable redil del gozo, y hacia las aceras silbando un himno tonificante.

- Me gusta mucho, Germán, me parece magnífico.– Ambos contemplábamos el cuadro sobre el caballete.

- Ha sido interesante arriesgarme en el retrato, nunca lo había hecho.

Germán Ruiloba, pintor figurativo, centra su creación en paisajes donde predomine el silencio y la ausencia de humanos; a pesar de su técnica muy laboriosa y limpia aquel dibujo exteriorizaba una interpretación impresionista de Mercedes, en primer plano frontal, algo de perfil, los labios cerrados y su mirada atenta, tal como yo la había conocido; un rostro que condensa el misterio de una biografía compleja. Lo envolvimos con cuidado y reconocí a Germán el gran auxilio que me brindaba.

- Suerte amigo, que triunfes. Ya me contarás.– Nos despedimos en la escalera.

Anduve tan ligero que el bar aún permanecía cerrado. En un establecimiento próximo ocupé el rato entre alucinaciones felices sobre el final de aquel envite. Una

buena noche. Cuando volví donde Mercedes, Tania limpiaba unas mesas y ella, los vasos bajo el mostrador. Me acerqué con gesticulación de simpatía y le entregué el cuadro. Me miró con el ceño fruncido como interrogante.

- Lo envía tu jefe, yo sólo soy el mensajero. Vamos, ábrelo.

Rasgó el papel del envoltorio, apoyado el paquete sobre el suelo; cuando lo alzó se le alegraron los ojos, y con esos modales tan suyos agachó un poco la cabeza y me agradeció el correo con pocas palabras. Abrió una botella de *Canadian Club* y sirvió dos pequeños vasos; puso uno ante su boca mientras me miraba; cogí el mío, fijé la vista en sus pupilas y brindamos: *Por ti*— dije. Mercedes alzó un poco las comisuras de los labios como una leve sonrisa, y continuó su tarea. Le comenté que luego volvería; pregunté si debía algo, arrugó la nariz y negó con la cabeza. La estrategia se desarrollaba según previsiones. Sin duda, le agradó el detalle de que le llevase aquella obra; cuando regresara al bar, tendríamos un tema de diálogo y hoy, quizás, si no acude demasiada clientela, la conversación transcurrirá más amable. Astros propicios. Me dirigí a *Fresas*, heladería próxima célebre por sus tartas y compré una de doce raciones, lucida por bengalas. Confieso una ligera mezquindad; el comerciante me vendió a muy buen precio una sobre la que se leía escrito con frambuesa *Felicidades, Manolito*; el chico, por lo visto, se hallaba ingresado en el hospital por una intervención de apendicitis, nada grave, pero la familia no recogió el pastel. El heladero transformó la dedicatoria como *Felicidades, M.* mediante volutas churriguerescas de chocolate. Esta inicial imprevista me favorecía. Esa -M- blasonaba su aura de misterio protector. Magnífica tesis.

Empujé la puerta del bar como quien enarbola el estandarte victorioso por terreno enemigo. Tras el mostrador Tania despótica, con rictus descreído, parecía que

deshilvanara los ramajes de anzuelos que yo esparcía con aquella insistencia de presentes. Tal vez su actitud significase complicidad. Los camareros descifran las dos almas. Mercedes preparaba cócteles en un cuartillo que suplía la cocina; cuando salió hacia la zona de las mesas, se encontró con la tarta luminosa y a mí sentado con pose de señorito que contempla su patrimonio. Mercedes volvió a sonreír como sólo ella sabe hacerlo, sin decir nada; sirvió las bebidas, se dirigió hacia mí y me dio un beso.

- Muchas gracias, de verdad ¿Cómo te has enterado de que es mi cumpleaños?– Sus ojos brillantes paseaban sobre los míos, a la vez que acariciaba mi nuca.

No pude responder; se me aceleró el pulso. Sus dientes dibujaban una ruina de caries. Resolví el enigma. Recuerdo una contracción igual del estómago cuando de pequeño en la feria, subido al tren del diablo, un tipo con disfraz de espectro me golpeó por sorpresa con una escobilla. La voz chillona de Mercedes aumentaba la negrura de sus encías. Los mimos de su mano semejabán ahora el alud que desmorona la cumbre. Las bengalas iluminaban una M junto con mi semblante enrojecido por el bochorno. Tania me seguía observando y escrutaba mis muecas con un ojo casi entornado. El horror no conoce límites, ni el ridículo tampoco. Dos niños irrumpieron impulsivos.

- ¡Felicidades, mamá!- Saltaban y abrazaban a Mercedes.

- Qué bien que os hayáis acordado. –Exhaló una amplia risotada.

A continuación, llegó un hombre alto, de unos ciento veinte kilos; abrigo de cuero oscuro, botas militares, perilla y coleta. No habló. La besó con lengua generosa. Mercedes resplandecía ilusionada; aquel tipo forzó un gesto alegre.

- Qué bien que estéis todos aquí. Ven, Irdich, voy a presentarte a un amigo.– Lo tomó de la mano y se dirigió hacia mí- Mira, te presento a Irdich, mi novio. Irdich éste es... , es... ¿Cómo me dijiste que te llamabas?

Sonreía con la boca abierta.

¿Quiere seguir leyendo? Puede pedir el PDF completo o encargar el libro en formato papel sin gastos de envío. Entre en <http://www.pielagoeditorial.es/>